**EL GAZPACHO**

“Amarse a uno mismo es el principio de una historia de amor eterna”

Oscar Wilde

La pequeña no tendría más de seis o siete años, pero no pasaba un minuto sin mirar su imagen reflejada en cualquier superficie, y, si en ese momento, pasaba su hermana, la languidez de su mirada doblegaba al más recio. Su piel trigueña contrastaba con la palidez de la mayor, una junto a la otra eran el yin y el yan de la familia. Y esto no solo para cuestiones de piel, sino para todo lo concerniente a sus vidas.

Todas las mañanas, Elisa se pavoneaba por el comedor mientras que, su hermana menor, escondía su frustración bajo una espalda encorvada. De reojo, como quien espía, la pequeña Marta admiraba la blancura en la piel de la mayor. Una mañana, la madre la descubrió frotándose uno de los brazos con tal fuerza que estaba al rojo vivo. Le arrebató el trapo y exigió una explicación. La niña, aguantando las lágrimas, contó que ella quería tener la piel blanca como la de su